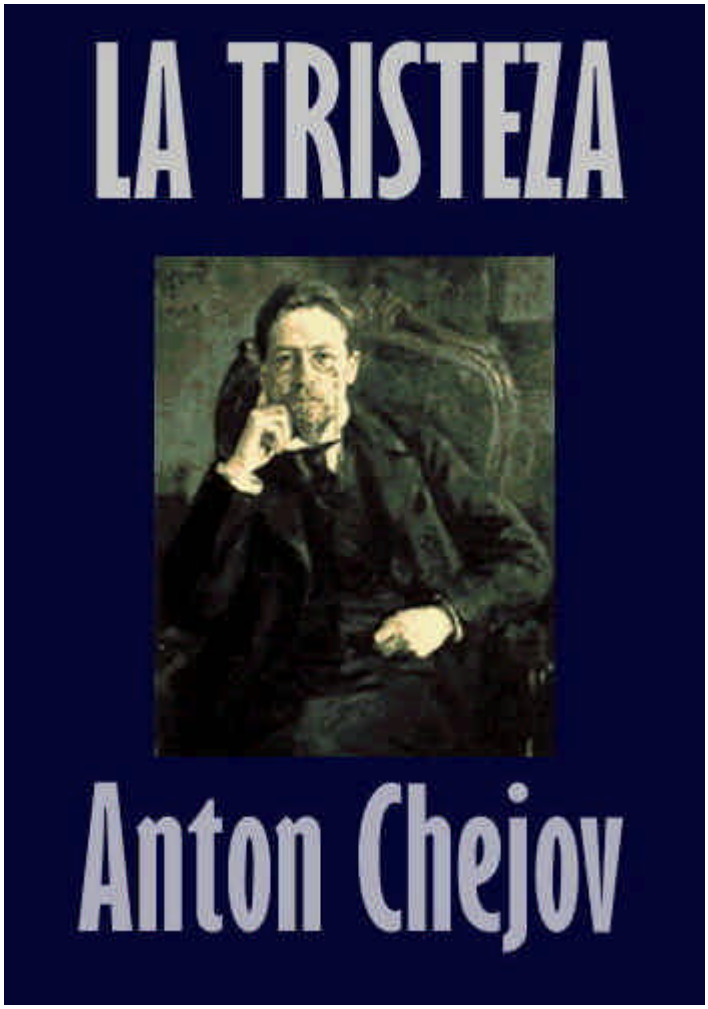
LIBRO dot.com

La Tristeza

Anton Chejov



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La capital aparece envuelta en el crepúsculo vespertino. La nieve cae en gruesos copos, revolotea perezosamente junto a los faroles encendidos, se extiende, en fina capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombres, sobre los gorros.

El cochero Yona está todo blanco, como un fantasma. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado hasta donde puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que toda la nieve que le cayese encima no lo sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Su inmovilidad, las formas angulosas de su cuerpo, la tiesura de palo de sus patas, le hacen presentar el aspecto, aun mirado de cerca, de un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por una moneda. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados a una infernal ciudad, como Yona y su caballo, están siempre cavilando tristes pensamientos. Es muy grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades deslumbrantes. Hace largo tiempo que Yona y su caballo están inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar, pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van espesando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido se acrecienta.

-¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar se asienta en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y alza el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas y, sin prisa, se pone en marcha.

-¡Ten cuidado! -grita otro cochero invisible, con cólera-. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

-¡Vaya un cochero! -se enoja el militar- ¡Lleva la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona lanza una amenaza. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira a su alrededor como si acabara de despertarse de un sueño profundo.

-¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti!

-dice irónicamente el militar-. Todos tratan de fastidiarte, meterse entre las patas

de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Sin dudas quiere decir algo; pero no puede pronunciar una palabra.

El pasajero advierte sus esfuerzos y pregunta:

-¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

-Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

-¿De veras?... ¿Y de qué murió?

-No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y al final... Dios lo ha querido.

-¡A la derecha! -óyese de nuevo gritar en la oscuridad-. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

-¡A ver! -dice el militar-. Ve un poco más rápido. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello, como un cisne, se levanta un poco y, de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su pasajero, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharlo.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se baja. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Pero de pronto Yona se estremece; ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y jorobado.

-¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte copecas por los tres!

Yona toma las riendas, se endereza. Veinte copecas es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando e insultando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

-¡Bueno; en marcha! -le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda-. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se

puede encontrar un gorro más feo...

-¡El señor está de buen humor! -dice Yona con risa forzada-. Mi gorro...

-¡Bueno, bueno! Apura un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más rápido te administraré unos cuantos sopapos.

-Me duele la cabeza -dice uno de los jóvenes-. Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de coñac.

-¡Eso no es verdad! -responde el otro-. Eres un mentiroso, amigo, y sabes que nadie te cree.

-¡Palabra de honor!

-¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

-¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

-¡Vamos, viejo! -grita enojado el jorobado-. ¿Quieres ir más aprisa o no? Dale firme al holgazán de tu caballo. ¡Qué demonios!

Yona agita su látigo, agita las manos, se estremece todo su cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le injurian; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, insultan, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

-Y yo, señores acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

-¡Todos nos tenemos que morir! -contesta el jorobado-. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

-Si quieres que vaya más rápido dale una cachetada -le aconseja uno de sus compañeros.

-¿Oyes, viejo espantapájaros? -grita el jorobado-. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

-¡Ji, ji, ji! -ríe, sin gana, Yona-. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

-Cochero, ¿eres casado? -pregunta uno de los clientes.

-¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte ni me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este

momento, el jorobado lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

-¡Por fin hemos llegado!

Yona recibe las veinte copecas convenidas y los clientes se apean. Los sigue con los ojos hasta que desaparecen detrás de un portón.

Vuelve a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su cansado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes, alguien que quiera escucharle. Pero la gente tiene prisa y pasa sin verlo.

Su tristeza es más intensa a cada instante. Enorme, infinita. Si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de hablar con él.

-¿Qué hora es? -le pregunta, delicadamente.

-Van a dar las diez -contesta el otro-. Aléjese un poco; no debe usted estar delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se hunde en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a las personas.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

-No puedo más -murmura-. Hay que ir a acostarse.

El caballo, como si hubiera comprendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Se oyen ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso, se siente tan triste y desdichado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el pecho y la cabeza y busca algo con la mirada.

-¿Quieres beber? -le pregunta Yona.

-Sí.

-Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha prestado

atención, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con el cobertor y momentos después se lo oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita decir cómo enfermó su hijo, lo que ha padecido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharlo, moviendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndolo! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier campesina; a estas mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra. El caballo, inmóvil, come heno.

-¿Cómes? -le dice Yona, dándole palmadillas en el lomo-. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado pata comprar avena hay que conformarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi. hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un espléndido cochero; conocía el oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa.

-Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y resopla un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al fin por un ser viviente, desahoga su corazón y, poco a poco, le va contando todo.

FIN